

ESPECIAL 1^{ER} CONGRESO DE AGROECOLOGIA DE EXTREMADURA. 2021**Comunales y nuevos comunes ante la crisis climática: el caso del Valle del Jerte**Julián Panadero García¹jpanad01@ucm.esORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2279-8565>

Recibido el 04/09/2021

Aceptado el 09/09/2021

Resumen:

La situación de los pequeños agricultores en Extremadura es crítica, y el cambio climático amenaza con agravarla. La viabilidad de muchos de los cultivos resulta cada vez más complicada, y gran parte de sus beneficios se pierden en las grandes cadenas de suministros de los mercados globales. En el Valle del Jerte, la cereza se enfrenta a la competencia de la producción extranjera, lo que ya amenaza la viabilidad de su modo de vida. En este contexto, surgen iniciativas que tratan de ofrecer alternativas y profundizar en la gestión democrática, pero se enfrentan a graves dificultades. Al mismo tiempo, se ha producido una revitalización de las instituciones para la gestión comunal del agua, y el proceso parece ser exitoso. Este artículo trata de profundizar en los vínculos entre ambos modelos y esclarecer qué pueden aprender el uno del otro. Su metodología cuenta con once entrevistas en profundidad con habitantes del Valle del Jerte, muchos de ellos participantes de estas iniciativas. Como conclusión, ambas serán importantes en la adaptación climática de esta comarca, pero deberán aprender a colaborar y tienen aún un largo camino por recorrer.

Palabras clave: Extremadura, bienes comunes, crisis climática, cooperativismo, agua

Abstract:

The situation of small farmers in Extremadura is critical at this point, and climate change is likely to aggravate it. The viability of many of their crops is becoming increasingly difficult, and much of the profits are being lost in the large supply chains of global markets. In Valle del Jerte, the cherry crops are facing competition from foreign production, which is already threatening the viability of its way of life. In this context, we see emerging initiatives that seek to offer alternatives and go deep in democratic control, but they still face serious challenges. At the same time, there has been a renaissance of institutions for communal water management, and the process appears to be successful. This article attempts to explore the links between the two models and to shed light on what they can learn from each other. Its methodology includes eleven interviews with inhabitants of Valle del Jerte, many of them participants in these initiatives. As a conclusion, both will be important for climate adaptation in this area, but they will have to learn to work together and have a long way to go.

Key words: Extremadura, commons, climate crisis, cooperativism, water

¹ Estudiante de doctorado en la Universidad Complutense de Madrid
Becario en el Centro de Investigaciones Sociológicas

Introducción

En los últimos años, los bienes comunes han despertado un intenso interés académico, lo que ha conducido a la celebración de numerosos congresos o a la publicación de varios monográficos dedicados a esta cuestión. Al mismo tiempo, en el activismo político han proliferado las experiencias o las iniciativas inspiradas en estas ideas (Alonso y Piñero, 2015:4). La explicación a esta tendencia quizás pueda encontrarse en la entrega en el año 2009 del Premio Nobel de Economía a la politóloga Elinor Ostrom (2011), autora del famoso libro *El gobierno de los bienes comunes*. No obstante, de la mano de su enorme difusión, el concepto ha sufrido variaciones. Hasta el punto de que, en ocasiones, sus límites se han visto desdibujados (Rendueles, 2017:52).

Por este motivo, Calle Collado, Suriñach Padilla y Piñero (2017:18) insisten en distinguir entre viejos comunales y nuevos comunes. Así, los viejos comunales se corresponderían directamente con las instituciones descritas por Ostrom (2011) y se relacionarían con comunidades bien delimitadas y con un régimen de obligaciones claramente definido. Pero estos, a su vez, habrían servido de inspiración para los llamados nuevos comunes. Y en el medio rural, los nuevos comunes, que en ocasiones también reciben el nombre de economías para los bienes comunes (Calle Collado y Casadevente, 2015:48), se han materializado en propuestas agroecológicas que defienden una manera distinta de gestionar el territorio. De hecho, para algunas autoras, la relación entre viejos comunales y nuevos comunes es más intensa de lo que parece. No es solo que cuenten con ciertas sinergias, sino que los modelos de gobernanza podrían ser compartidos y el aprendizaje mutuo podría resultar muy provechoso (Alonso Leal y Sampedro Ortega, 2017:116).

En lugares como el Valle del Jerte, en Extremadura, ambos ejemplos conviven, aunque su simbiosis es aún muy incipiente. En los últimos años, iniciativas cercanas a los nuevos comunes, como la asociación agroecológica Tierra Sana, han empezado a ganar fuerza y, casi al mismo tiempo, se han constituido comunidades de regantes para la gestión del agua de las gargantas, muy similares a las que Ostrom (2011) describe en su libro. Así, merece la pena preguntarse cuáles pueden ser los lazos entre ambas experiencias. Como ha observado Ángel Calle (2018:47), Extremadura se enfrenta hoy a una «transición inaplazable» y solo una clara respuesta por parte de la sociedad civil podrá lograr que esta sea lo más justa y sostenible posible.

Los bienes comunes: clarificando su definición

Para poder investigar sobre bienes comunes, antes conviene entender que en torno a ellos conviven dos tradiciones que podrían definirse como opuestas: la de la eficiencia y la de emancipación. La primera, más economicista, es donde resulta más fácil situar a Ostrom (2011) y se caracterizaría por no pretender, en ningún caso, ir más allá de los límites del capitalismo, sino simplemente señalar algunas de sus deficiencias y proponer soluciones para alcanzar una gestión más eficiente de sus recursos. La que se compromete con la emancipación, en cambio, bebe de las ideas de Marx o Polanyi y trata de documentar el proceso de desposesión llevado a cabo por el sistema capitalista sobre los bienes comunes. Apoyada en la historiografía, esta línea de pensamiento vería en los comunes un «fenómeno social total» y se interesaría por la construcción de sujetos políticos autónomos. Además, lejos de considerarlos una disputa pasada, sus autores defienden que los cercamientos de comunales estarían aún de plena actualidad (Ibáñez y de Castro, 2015:8).

No obstante, como ya se ha indicado, Calle Collado, Suriñach Padilla y Piñero (2017:18) apuntan a que existe al menos otra confusión importante en la discusión académica, que dificulta una comprensión precisa del fenómeno. Así, explican que se debe distinguir, principalmente, entre bienes comunales y nuevos comunes. Y es que, aunque todos estos términos estén relacionados y se comporten como vasos comunicantes, resulta crucial no confundirlos. Para dichos autores, los comunales serían equivalentes a los Recursos de Uso Común descritos por Ostrom (2011:77), y habrían estado sometidos desde el comienzo de la modernidad a los mencionados cercamientos por parte del avance del capitalismo. Su legado sobreviviría hoy en los manejos compartidos de nuestros ríos o de algunos de nuestros montes y necesitarían de una comunidad claramente delimitada, de un régimen de obligaciones claro y de instituciones bien arraigadas (Calle Collado, Suriñach Padilla y Piñero, 2017:18).

Los nuevos comunes, por su parte, serían todas aquellas experiencias que proponen reactivar los lazos sociales y apuestan por fomentar la reproducción social a través de la cooperación. Algunos ejemplos son la puesta en marcha de mercados sociales o la reivindicación de economías locales, pero también las iniciativas de software libre o en defensa de la soberanía alimentaria. En este caso, la comunidad que los sustenta es más bien difusa, como resultado de una complejidad social en aumento, y las formas de participación implicadas, muy heterogéneas. No obstante, han de entenderse como una auténtica propuesta de democratización económica, que pone en entredicho el modelo de desarrollo dominante y la falsa dicotomía entre el Estado y el mercado (Calle Collado, Suriñach Padilla y Piñero, 2017:19).

Algo en lo que también han insistido Nuria Alonso Leal y Yolanda Sampedro Ortega (2017:107). Para estas dos autoras, los comunales clásicos y los nuevos comunes estarían en permanente relación de aprendizaje y de comunicación en las dos direcciones y las amenazas a las que se enfrentan son, fundamentalmente, idénticas. Del mismo modo, su principal virtud compartida es también la gran diversidad que alojan, que permite que sean útiles en una gran gama de contextos sociales y que pueda ajustarse a las necesidades concretas de cada localización.

En el Valle del Jerte existe, al menos, un ejemplo nítido de bienes comunales y de nuevos comunes. Para los primeros, hablamos de las comunidades de regantes a través de las cuales los agricultores gestionan de manera democrática el agua que procede de las gargantas del Valle. Como muestra de sus antecedentes en la literatura se puede mencionar la descripción de fenómenos similares que Ostrom (2011:123) ofrece en su libro, concretamente en las huertas del levante español. Pero también las ideas de Shiva (2004) sobre el carácter comunal del agua y los cercamientos contemporáneos a los que se expone, y que ella ilustra a través del estudio de caso de la India.

En el caso de los nuevos comunes, nos referimos a comunidades agroecológicas como la asociación Tierra Sana, que desde hace algunos años apuestan por una manera distinta de entender la agricultura de la comarca. Su creciente relevancia queda contenida en las palabras de Daniel López et al. (2017:27):

Las propuestas agroecológicas están tomando conciencia de la importancia de superar la escala de finca, ya que los procesos de insostenibilidad no se reducen a esta, sino que incluyen al conjunto del sistema alimentario, tanto antes del proceso productivo agrario (producción y extracción de insumos) como después (procesado, empaquetado, distribución, almacenaje, preparación, disposición de residuos, etc.). Por ello, en la base de los procesos de transición agroecológica se sitúan las necesidades de reorganizar el sistema agroalimentario, cambiar los valores relativos a la cadena alimentaria y transformar la relación de las comunidades humanas con el territorio.

La transición inaplazable de Extremadura y el Valle del Jerte

Como explica Ángel Calle (2018:47), Extremadura es hoy una tierra, y en especial desde la crisis del 2008, que vive en estado de shock. El motivo, señala este autor, es doble: la economía neoliberal y el inminente vuelco climático. Su gravedad se combina además con una ciudadanía paralizada, incapaz de trazar una respuesta política a sus problemas. Ambos motivos se deben a la intensificación de dinámicas globalizadoras, muy presentes en Extremadura y cada vez más palpables en las vidas de sus habitantes. Por un lado, se habla de un modelo económico que coloca a la región como periferia de los mercados globales y que la empuja a una creciente reprimarización productiva. La densidad industrial extremeña no alcanza ni la mitad de las cifras de lugares como Madrid y su actividad económica se basa, casi exclusivamente, en la extracción de recursos. Esto reproduce las ya de por sí precarias condiciones históricas de Extremadura: dependencia económica, atomización de su tejido productivo, aislamiento de sus comunicaciones, etc. El resultado es una economía de «campo minero», que apuntala la desigualdad interna y profundiza en el deterioro medioambiental.

De la mano, se sitúa la amenaza del cambio climático. Se estima que en los próximos 30 años las temperaturas en Extremadura ascenderán entre 2,5 y 3 grados centígrados. Las consecuencias irán desde la erosión de los suelos y la escasez de lluvias a la restricción de alimentos, y pueden terminar por ser fatales para las raíces agroganaderas de la economía extremeña. Las políticas internas tampoco ayudan: no existe ningún interés por parte de la Junta por fomentar los mercados locales. Más bien: parece que prefieren profundizar en nuestra dependencia de los mercados globales y se niegan a contemplar cualquier apuesta seria por una agricultura más ecológica. Incluso los pequeños conatos de mejora, como los impulsos a la economía circular, carecen de cualquier voluntad de transformación y están orientadas a la satisfacción de ciertos nichos de mercado (Calle, 2018:51).

En el Valle del Jerte, muchas de estas tensiones son especialmente visibles. A pesar de que su modelo económico se basa en gran parte. La creación de la Agrupación de Cooperativas es una de las transformaciones que, entre los años 1980 y 2010, insertaron al Valle del Jerte en los sistemas alimentarios globalizados. Este paso a un modelo asociativo de segundo grado, junto con una fuerte reconversión tecnológica, supuso el salto de escala definitivo y la consolidación absoluta del monocultivo de cereza. Sin embargo, hoy ese monocultivo se encuentra ante una grave crisis. La oferta mundial de cereza ha crecido un 43% en el último medio siglo, y gran parte proviene de países con unos costes de producción mucho menores. Esto, como era de esperar, ha provocado un desplome de la rentabilidad de la cereza del Valle del Jerte, que ha terminado por poner a sus habitantes al límite de la supervivencia (Caballero Lorite y Molina, 2019:47).

En este contexto, surgen iniciativas de agricultores que pretenden profundizar en la producción ecológica y tratar de construir una alternativa a la crisis que atraviesa el modelo económico de la comarca. Y, aunque los productores más tradicionales aún tengan dudas de la rentabilidad del cultivo ecológico, no paran de crecer. Cada vez aparecen más fincas que muestran interés por la agroecología, lo que se suma a una demanda creciente en todo el país. Uno de estos grupos es Tierra Sana, que ya lleva varios años de andadura más o menos exitosa. La transición, sin embargo, no es sencilla: el interés de la Junta por promocionar estos cambios es casi nulo, la certificación ecológica no es fácil de lograr y el relevo generacional se antoja bastante complicado (Caballero Lorite, 2019).

Casi en el mismo período de tiempo, en varios municipios de la comarca se han constituido comunidades de regantes que sirven a los agricultores para repartir el agua que procede de las gargantas. Su

implantación dista mucho todavía de ser perfecta, pero estos años andadura han supuesto una clara mejora en ciertos problemas endémicos del Valle del Jerte, como las frecuentes sequías estivales. El trabajo de campo trata así de indagar en cuáles son las lecciones que esta experiencia puede ofrecer a las iniciativas agroecológicas, y de qué manera ambas pueden trabajar juntas para favorecer la adaptación de la comarca al cambio climático.

Metodología

La metodología consta de una serie de entrevistas en profundidad semiestructuradas —once— a sujetos útiles para ilustrar las «clases» a las que pertenecen. Así, además de agricultores, se entra en contacto con trabajadores de la Junta de Extremadura y con técnicos del Grupo de Acción Local presente en el Valle del Jerte, que permiten profundizar en una visión más periférica del fenómeno investigado. No obstante, en ocasiones ambas, las situaciones se superponen, lo que, por otra parte, es muy común en la comarca. En cualquier caso, ha de quedar claro que lo que no se persigue en ningún modo es la representación estadística, por lo que no se trata de una muestra aleatoria, sino estructural, indicada para una investigación de estas características (Ortí, 2005). Por este motivo, se tienen en cuenta distintas características sociodemográficas —como la edad o el género— y se puso mucho interés en que existiera un número suficiente de hombres y mujeres. También merece la pena señalar que se buscó en todo momento que los entrevistados no estuvieran inmediatamente ligados con el investigador, en el que resultaron muy útiles los contactos personales de los propios sujetos, a los que se accedió de manera escalonada. Los principales datos sociodemográficos de los entrevistados se recogen en la siguiente tabla.

Tabla 1. Datos sociodemográficos de los entrevistados.

Entrevista	Duración aproximada	Edad aprox.	Género	Perfil del entrevistado	Lugar de nacimiento	Comentarios
E1	45'	60	H	Socio pequeña cooperativa	Pequeño municipio del Valle del Jerte	Entrevista realizada telefónicamente
E2	1h	50	H	Dirigente de una cooperativa	Pequeño municipio del Valle del Jerte	Entrevista realizada telefónicamente
E3	35'	50	M	Técnica de la Denominación de Origen	Pequeño municipio del Valle del Jerte	Entrevista realizada telefónicamente
E4	45'	50	M	Funcionaria de la Consejería de Agricultura	Pueblo de la comarca Llanos de Cáceres	Entrevista realizada telefónicamente
E5	45'	50	M	Funcionaria de la Consejería de Agricultura	Cáceres	Entrevista realizada telefónicamente
E6	1h 15'	60	M	Dirigente de la Agrupación y miembro del GAL	Pequeño municipio del Valle del Jerte	Entrevista realizada telefónicamente
E7		55	M	Miembro del GAL	Pequeño municipio del Valle del Jerte	Entrevista realizada a través de un cuestionario
E8	45'	45	H	Agente del medio natural y socio de la Agrupación	Pequeño municipio de La Vera	Entrevista realizada telefónicamente
E9	45'	50	H	Técnico de regadíos de la Junta de Extremadura	Pequeño municipio del sur de la provincia de Cáceres	Entrevista realizada telefónicamente
E10	50'	60	H	Agente del medio natural y socio de Tierra Sana	Pequeño municipio del Valle del Jerte	Entrevista realizada telefónicamente
E11	40'	25	H	Socio de Tierra Sana	Municipio de la provincia de Barcelona	Entrevista realizada telefónicamente

El trabajo de campo tiene lugar entre los meses de febrero y junio de 2020, coincidiendo, en gran parte, con las medidas del Estado de Alarma frente a la crisis del Covid-19. Esta situación, necesariamente, tuvo implicaciones en el desarrollo de las entrevistas, y modificó el plan previsto en un primer momento.

El difícil camino de Tierra Sana

Este capítulo contextualiza, de manera sucinta, los primeros pasos de esta asociación y apunta cuáles han sido las principales dificultades a las que se ha enfrentado en el Valle del Jerte. La asociación Tierra Sana, como Caballero Lorite (2019) ya mencionaba en su artículo, nació a finales de los años 90, y en un primer momento estaba formada por siete u ocho agricultores, interesados en aprender y en promocionar la agricultura ecológica. El objetivo era compartir conocimientos entre sí y, junto con el Grupo de Acción Local Soprodevaje, llegaron incluso a organizar algunas jornadas en el Valle del Jerte en la que agricultores de fuera de la comarca contaban su experiencia con los cultivos ecológicos. Sin embargo, no fue hasta hace cuatro o cinco años cuando la asociación comenzó a ganar más fuerza. Hoy, la forman más de 30 agricultores, y algunos de ellos provienen de las comarcas vecinas de la Vera o el Valle del Ambroz.

Merece la pena explicar que las funciones que cumple la asociación son principalmente dos. Por un lado, que los agricultores puedan compartir entre sí conocimientos, en una metodología latinoamericana que se conoce como «de campesino a campesino», sin necesidad de que un experto tenga que enseñarles como cultivar. Por otro, buscan promocionar la agroecología a través de charlas o de jornadas, a las que suelen acudir agricultores de los valles colindantes y a las que invitan a ponentes de diferentes perfiles. Sin embargo, no cuentan con ningún tipo de unión económica ni de valor jurídico, por lo que la cooperación se limita únicamente al apoyo mutuo y a la transmisión de conocimientos (Calle Collado y Casadevente, 2015:53).

Es por tanto un cooperativismo más inclinado hacia lo social, y que no se traduce a una organización formal para la producción o la venta conjunta de productos. Esto, de hecho, se habría intentado hace algunos años, pero finalmente salió adelante solo en la comarca de la Vera, lo que dificultaba enormemente la participación de los pocos agricultores del Valle que sí estaban interesados. Entre sus objetivos no está tampoco el de cultivar o trabajar la tierra de manera conjunta, por lo que se trata más bien de una de esas comunidades preocupadas por recrear el lazo social que Calle Collado, Suriñach Padilla y Piñero (2017:18) han bautizado como «nuevos comunes». Inspirada, además, por las ideas de la agroecología política (López et al., 2017:27).

Sin embargo, hay quien no ve esta situación como idónea, ya que les obliga a depender de los canales de comercialización de la Agrupación, muy enfocados a la exportación y alejados de cualquier principio agroecológico. De hecho, ahora mismo se estaría intentando sacar adelante una cooperativa de trabajo en uno de los pueblos del Valle —llamada Eco Jerte—, en la que participan varios de estos socios. Sin embargo, explica que su dimensión es aún muy pequeña, y que, en un contexto de monocultivo, su crecimiento se antoja complicado. Además, se enfrentan al problema de que, en Extremadura, la demanda de productos ecológicos es reducida, por lo que los lugares más próximos a los que dirigir sus productos han de ser Sevilla o Madrid, lo que tampoco resulta idóneo para los principios agroecológicos más estrictos (López et al., 2017:27).

Los obstáculos tampoco acaban aquí. Entre ellos son, como ya señalaba, aquellos que tienen que ver con la certificación y, en especial, con las derivas. Estas son la causa de la contaminación que las fincas ecológicas reciben de las parcelas vecinas tratadas con productos fitosanitarios, lo que, de detectarse en las analíticas, impide obtener el sello que certifica a una producción como respetuosa con el medioambiente. En

el Valle del Jerte, dada las pequeñas proporciones de sus explotaciones, esto sería algo muy habitual y daría lugar a agrios conflictos entre agricultores vecinos. Aunque, para la mayoría, el problema más significativo es que, para obtener esa certificación, se exige a los agricultores llevar, al menos, tres años en reconversión en los que, aún no pueden disfrutar del sello. Esto dificulta enormemente que los pequeños agricultores puedan llevar a cabo esta transición y merma las posibilidades de éxito de la agroecología. De hecho, este representaría uno de los grandes conflictos que estos agricultores mantienen con la Administración.

Queda claro, por tanto, que, aunque se han producido avances las iniciativas agroecológicas cuentan con serias limitaciones para su expansión en el Valle del Jerte. Su falta de institucionalización y de reconocimiento por la Administración las aleja de los ejemplos virtuosos descritos por Ostrom (2011). Sin embargo, conviven con unas comunidades de regantes que en algunos casos vienen avaladas por la Confederación Hidrográfica del Tajo y cuentan con modelos institucionales y acuerdos normativos complejos y funcionales. Los próximos capítulos tratan de ahondar en esta realidad, con el principal objetivo de comprender las enseñanzas que tienen que ofrecer a los agricultores de Tierra Sana.

Los primeros pasos de las comunidades de regantes

Para entender qué papel juegan hoy las comunidades de regantes, conviene entender cómo ha cambiado la situación en torno a la gestión del agua en el Valle. Y es que, hace no mucho tiempo, según palabras de los propios agricultores, la comarca estaba regida por una suerte de «ley de la selva», con vecinos que conectaban sus mangueras directamente desde la garganta y hasta su finca, a veces separadas por kilómetros. Esto no solo era una importantísima fuente de conflictos entre los agricultores, sino que acarreaba un impacto medioambiental muy negativo. Hoy, allí donde están constituidas las comunidades de regantes, prácticas como la de la manguera están terminantemente prohibidas. Las multas para los agricultores llegan a ser bastante elevadas y pueden llegar incluso a ser expulsados de las propias comunidades.

Desde la Junta explican que estas son corporaciones de Derecho público sin ánimo de lucro, adscritas a la Confederación Hidrográfica del Tajo, que tiene su sede en Madrid. Su situación está regularizada por la conocida como Ley de aguas, que supervisa el aprovechamiento de este recurso en aquellos puntos de captación donde converjan al menos dos usuarios. En el caso del Valle del Jerte, esto ocurre de manera habitual en las gargantas, de las que numerosos agricultores extraen el agua para regar sus campos. El objetivo de estas comunidades es formalizar la distribución del agua desde las gargantas hasta las distintas parcelas. Y, aunque han de ser aprobadas por la Confederación, contarían con una amplia autonomía para diseñar sus propias estrategias. Para Ostrom (2011:148) esta es precisamente una de las razones del éxito de las instituciones de acción colectiva en el largo plazo.

Sin embargo, no todos los municipios están constituidos en una comunidad de regantes: de los 11 pueblos del Valle, tan solo ocho cuentan ahora mismo con una, a pesar de que, por supuesto, todos han estado regando sus campos durante décadas. Además, tan solo tres pueblos tienen debidamente regularizados sus aprovechamientos: Piornal, Cabrero y Navaconcejo. El resto de los pueblos funcionan casi al margen de la ley, ante el desinterés de la propia Confederación, que carece de recursos para realizar controles sobre el terreno. Para ello se sirven de los llamados regadíos tradicionales —operativos desde hace siglos— pero que no se encuentran debidamente regularizados por la legislación actual. No obstante, allí donde han sido regularizadas la conclusión parece clara: la aceptación entre los agricultores es casi total y todos están de acuerdo en que han servido para desencallar conflictos presentes desde hacía décadas. El próximo capítulo

ofrece las razones de este éxito y ofrece una descripción más precisa de los acuerdos normativos de los que se han dotados sus miembros.

Un modelo institucional exitoso

Como en los casos descritos por Ostrom (2011:148), la gran virtud de las comunidades de regantes es haber alcanzado un diseño organizativo que garantiza su supervivencia. Para tomar las decisiones, las comunidades cuentan con una junta de gobierno —compuesta de un presidente, un secretario y una serie de vocales— y con una asamblea, que tiene atribuida en exclusiva la soberanía de su comunidad de regantes y que se reúne una vez al año. Para la resolución de conflictos, que son bastante habituales, existe un jurado de riego, que se encarga de resolver las disputas entre los agricultores y de aplicar el régimen sancionador a quien decida saltarse los Estatutos. Cada comunidad cuenta además con un órgano de recaudación independiente para asumir ciertos costes. Algunos tienen que ver con los pagos para la propia utilización del agua, pero en su mayoría se dedican a la construcción de infraestructuras.

En cada comunidad, los agricultores llegan a un acuerdo de cómo se va a distribuir el agua. Generalmente, este se basa en turnos de riego. Sin embargo, lejos de lo que pudiera parecer, los modelos son complejos y las soluciones distan de ser perfectas. Así lo explica el entrevistado 9:

Ellos tienen un turno de agua, tienen un turno de agua y unos pues riegan dos días porque ya la tendencia es a tenerlo automatizado, entonces las comunidades de regantes porque unos vas más avanzados que otros en el tema de regularización y en el tema de infraestructuras. [...] Entonces, en cada comunidad de regantes de cara a regularizar el riego tiene que diseñar como quiere que sus regantes vayan a regar, es decir, los turnos de riego. Y, los que van más avanzados, pues tiene su propio contador, su propio programador, entonces a mí me tiene la comunidad de regantes asignados que voy a regar durante dos horas con una dotación caudal X, la comunidad de regantes del pueblo de al lado lo puede tener totalmente distinto.

(E9)

En cuanto al sistema de riego, este es, de nuevo, diferente en cada comunidad de regantes. Algunas cuentan con un sistema de goteo y otras aún apuestan por el riego por inundación. No obstante, la mayoría se decantan ya por el primero, que resulta mucho más eficiente y respetuoso con el medioambiente. Para muchos, esto también tiene que ver con el diseño institucional de las comunidades de regantes y demuestra, una vez más, sus potenciales beneficios económicos y ecológicos. Pero esta no es la única virtud medioambiental de las comunidades. Desde su introducción, y gracias a la distribución de los costes, se han levantado nuevas infraestructuras que han servido para optimizar el riego y reducir las, hasta entonces, implacables sequías. El siguiente capítulo da cuenta de dichas innovaciones y esboza su utilidad para la adaptación al cambio climático.

La modernización de infraestructuras: ¿un paso en la lucha contra el cambio climático?

En los últimos años, las comunidades han hecho grandes inversiones en modernizar los riegos tradicionales y en optimizar la utilización. En muchos casos, el punto de partida eran esos regadíos tradicionales —apenas una zanja o una tubería muy precaria que conectaba la garganta con las parcelas—, que hoy se han convertido en grandes infraestructuras con balsas o depósitos muy modernos. Entre los agricultores, la percepción es que estas nuevas infraestructuras van a resultar un elemento muy útil en la lucha contra el cambio climático y que ya es posible comprobar que las sequías han disminuido desde su construcción. De hecho, esta es una de las principales razones para que en el Valle del Jerte la acogida de las comunidades de regantes haya sido tan positiva.

No obstante, también hay quien aporta su nota negativa a esta optimización. En su opinión, las nuevas infraestructuras han servido para que alguna gente vea la oportunidad de aumentar su rentabilidad, lo que ha ocasionado que crezca, todavía más, el monocultivo de cerezo, con la conversión a zonas regables de otras que antes no lo eran. Otros son incluso más críticos con la utilidad de las comunidades de regantes y con el papel de la Confederación y defienden que, de no tomar medidas urgentes, existe un riesgo real de que las sequías vuelvan y empeoren y que, con ello, se produzca una irreversible pérdida de biodiversidad en las riberas jerteñas.

Y es que, según apuntan desde Tierra Sana, la percepción de los peligros del cambio climático es más bien minoritaria en el Valle. No cabe hablar de negacionismo, pero sí de un amplio optimismo que raya en la inacción. El protagonismo se lo llevan otro tipo de preocupaciones, que los agricultores perciben como más inmediatas. Muchas de las personas entrevistadas se mostraron inquietas por el devenir de la campaña de cereza, en marcha durante la conversación con casi todas ellas. A la incierta meteorología, se sumaba en ese momento la confusión asociada a los primeros compases de la crisis de la Covid-19, que colocaba a los agricultores en una situación para la carecían de experiencia.

También parece que, a pesar de las sanciones, todavía hay agricultores que incumplen las normas y utilizan el agua como les conviene y sin respetar los acuerdos. No obstante, la percepción mayoritaria es que la experiencia de las comunidades, hasta ahora, es muy positiva para la agricultura del Valle del Jerte. Lo que sin duda, es cierto que se han reducido, e incluso terminado, los días de finales de verano en las que el agua no llegaba para regar todas las fincas. La conciencia ecológica puede que aún sea escasa entre los agricultores, pero resulta posible afirmar que se están produciendo pasos en la buena dirección y que, al menos, existe una clara voluntad de adaptarse a las consecuencias más urgentes del cambio climático.

Conclusiones

Las comunidades de regantes constituyen un ejemplo de diseño exitoso para la gestión del agua como bien común. Su implantación ha servido para solucionar ciertos problemas presentes desde hace mucho en el Valle del Jerte y sus primeros resultados invitan al optimismo acerca de su posible implicación en la adaptación al cambio climático. Las propuestas agroecológicas, por su parte, se enfrentan a limitaciones más serias. No obstante, los modelos de gobernanza de las comunidades de regantes pueden suponer una buena inspiración para superar algunas de ellas. El alto grado de institucionalización y la fluida relación que existe con la Administración y la Confederación Hidrográfica del Tago acerca a estas instituciones a los principios

de éxito para los bienes comunes recogidos por Elinor Ostrom (2011). Y es que son estas dos cualidades las que precisamente alejan a la asociación Tierra Sana de terminar por asentarse en el Valle del Jerte.

Las comunidades de regantes han servido además para que se levanten infraestructuras que optimizan el agua de las gargantas y para que la presencia de sistemas de riego por goteo sea cada vez mayor. La consecuencia de estos cambios es que las sequías, tan frecuentes hace unos años en el Valle del Jerte, han visto reducida su incidencia. Esto supone, sin duda, un avance en la adaptación de la comarca al cambio del clima y abre una vía de esperanza para sus raíces agroganaderas durante las próximas décadas. No obstante, tampoco conviene idealizarlas. Como ocurre con la cereza ecológica, esta nueva realidad ha servido para que algunos agricultores intenten multiplicar su rentabilidad, lo que genera nuevos impactos ecológicos. La conciencia climática no es por ahora mayoritaria en el Jerte y existen muchas reticencias a introducir cambios de auténtico calado. Desde Tierra Sana tratan de convencer al resto de la Agrupación de que la situación es urgente, y de momento han logrado redactar un código de buenas prácticas medioambientales.

En el caso de las comunidades de regantes, también se debe mencionar una fortísima masculinización, algo que no ocurre en la asociación agroecológica. Esto demuestra, como explican Alonso Leal y Sampedro Ortega (2017:117), que los comunales clásicos también tienen mucho que aprender de los nuevos comunes. En especial, en lo que se refiere a cultura democrática y respeto a la diversidad. Lo que está fuera de toda duda es que los próximos años serán cruciales para el futuro del Valle del Jerte y sus habitantes y que ambas experiencias tendrán un papel destacado en la concreción de qué tipo de transición se lleva a cabo. Si existe alguna posibilidad para una salida justa a la crisis climática en el Valle del Jerte, esta pasa porque las comunidades y la asociación Tierra Sana aprendan la una de la otra, y porque exista una estrecha colaboración entre los distintos actores jerteños sensibilizados con el cuidado medioambiental y la gestión democrática.

Bibliografía

ALONSO, L. E. Y PIÑERO, C. (2015), “Presentación: el procomún y los bienes comunes”, *Dossieres EsF n° 16: «El procomún y los bienes comunes»*, 4-7.

ALONSO LEAL, N., Y SAMPEDRO ORTEGA, Y. (2017). “Lo que los bienes comunales cuentan”, en VV.AA., *Rebeldías en común: sobre comunales, nuevos comunes y economías colaborativas* (pp. 107-118), Madrid, Libros en Acción.

CABALLERO LORITE, G. [en línea/online]. “Agroecología en el norte de Extremadura: realidades y retos”. “El Salto Extremadura”. 2019. <https://www.elsaltodiario.com/agroecologia/agroecologia-norte-extremadura-realidades-retos-valle-jerte-cerezas> [consulta: 22 de junio de 2021].

CABALLERO LORITE, G. Y MOLINA, K. (2019), “¿Hacia dónde camina el Valle del Jerte?”, *Revista Soberanía Alimentaria*, 36, 45-50.

CALLE, Á. (2018), “La Extremadura shockeada: iniciativas para una transición inaplazable”, en VV. AA., *Dominación y neo-extractivismo: 40 años de Extremadura saqueada* (pp. 47-58), Madrid, MATADERO.

CALLE COLLADO, Á., Y CASADEVENTE, J. L. (2015), “Economías Sociales y economías para los Bienes Comunes”, *Otra Economía*, 9(16), 44-68.

CALLE COLLADO, A., SURIÑACH PADILLA, R. Y PIÑERO, C. (2017), “Comunes y economías para la sostenibilidad de la vida”, en VV. AA., *Rebeldías en común: sobre comunales, nuevos comunes y economías cooperativas* (pp. 15-45), Madrid, Libros en acción.

IBÁÑEZ, R. Y DE CASTRO, C. (2015). “Los comunes en perspectiva: eficiencia versus emancipación”. *Dossiers EsF nº 16: «El procomún y los bienes comunes»*, 8-12.

LÓPEZ, D., FDEZ. CASADEVANTE (KOIS), J. L., MORÁN, N., Y OTERO ROZAS, E. (2017), “Introducción. Semillas en la nieve o la oportunidad para el despliegue de las políticas públicas agroecológicas”, en Autores (eds.), *Arraigar las instituciones. Propuestas de políticas agroecológicas desde los movimientos sociales* (pp. 19-37). Madrid, Libros en Acción.

RENDUELES, C. (2017), “Las condiciones institucionales de una reconstrucción de los bienes comunes en sociedades mercantilizadas”, en V. AA., *Sobre comunales, nuevos comunes y economías cooperativas* (pp. 47-56), Madrid, Libros en acción.

SHIVA, V. (2004), *Las guerras del agua: contaminación, privatización y negocio* (vol. 200), Barcelona, Icaria Editorial.

ORTÍ, A. (2005), “La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta semidirectiva y la discusión de grupo”, en M. García Ferrando, J. Ibáñez, y F. Alvira (eds.), *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación* (3ª ed.) (pp. 219-282), Madrid, Alianza Editorial.

OSTROM, E. (2011), *El gobierno de los bienes comunes. La evolución de las instituciones de acción colectiva*, México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México.